

He sentido mucho abandonar, tan pronto, Valdepeñas.

Una pléyade de amigos cariñosos me han hecho encantadora la vida de esos días.

Y aparte mi afecto para ellos, les debo reconocimiento sincerísimo que estoy propicio y deseoso de exteriorizar en la primera ocasión. Eduardo García Caminero, Tomás de Merlo, Domingo Ruiz de León, Alfonso Madrid, los hermanos Marcilla, D Eugenio Anca, Antonio Rodero, Emilio y Manolo Cruz, Antonio Palacios y Vicente Vasco, para no hacer interminable la lista, son mis acreedores en gratitud y en atenciones.

Con ellos he pasado unos días deliciosos en esa ciudad tan simpática, tan distinguidamente democrática que se llama Valdepeñas. Con ellos he gozado de todas las alegrías de la feria y á su lado he visitado Cásinos, he hecho excursiones en automóvil, he asistido á reuniones adorables donde se han congregado unas lindísimas muchachas de belleza extraordinaria y elegancia exquisita y á ellos, en fin, debo la delicia de haber pasado ocho días felices olvidado de todas las miserias y pequeñeces del vivir insoportable en una ciudad, muy noble y muy leal, pero también muy aburrida, donde está enterrada mi juventud y con ella todos mis anhelos, todas mis aspiraciones y mis rebelías.

En la llanada que á lo lejos limitan unos cerros azules, como vistos entre niebla, se extiende la mancha uniformemente verde, de un verde jugoso y fresco, del viñedo.

El Sol ocídúo pone notas policromas sobre los pámpanos y al rodar vertiginoso del auto, miramos entre ellos como un rayo anaranjado hace de oro los racimos.

El aire nos da en la frente y ahuyenta algun pensamiento malo que teníamos. Miramos á la lejanía. En las crestas de los cerros el crepúsculo ha dejado una línea de morado intenso y en la serenidad del cielo lívido unos vellones ligeros, como de humo, corren pausados.

Después, al regreso, unas luces brillan en el poblado entre la blancura de las tapias encaladas. Cierra la noche y el cielo tórnase un plafón de azul oscuro donde la luna en creciente es como una alegría plateada que me hace recordar unos ojos grises, de mujer que se durmió de amor entre mis brazos.

Rasga en la madrugada el silencio, el silbido de un tren que cruza.

Y al despedirme de los amigos á quienes debo esas horas de olvido y bienestar, siento la melancolía vaga de los que se alejan indefinidamente de algo tan dulce y perdurable como un sueño de felicidad.

JULIÁN MORALES RUIZ.

Queda suprimida la sección que con el título «Enterado, digo...» publicaba Juan Vulgar.

No se admiten más originales literarios que los solicitados por esta Dirección, ni mantendremos acerca de ellos correspondencia alguna.



SEMBLANZA

Con el golfo se entretiene,
cuando no hay juegos mayores,
y de jaranas y amores
toma lo que le conviene.

Por más que ya no es un nene,
presume de bien vestido;
es vicioso empedernido,
tiene golpes de chistoso
y alegre y jacarandoso
vive de lo prohibido.



PARODIAS

CIUDAD-REAL

MARRUECOS es un abrazo de la chumbera omnímoda; un sueño de higos chumbos, que maduran por entre los peñascales del *cándido* Gurugú, para contemplar su rico sol sobre las vetustas arenas del suelo rifeño.

El Polo Sur, empero, en una noche de seis meses, que no es día ni semana, ni vacío ni vinagre, ni firmamento ni tierra, ¡cierto es!; cuando se agrandan los perfiles con la ropa necesaria, se desmayan los colores, se encienden los candiles y se hielan las miradas. Es la naturaleza que se trueca en frío y el hombre que se tambalea.

Tambaleado.
Pero ¿Ciudad-Real? ¡Si cuasi se encuentra en el centro euritmia de la llanura entre «La Atalaya» y «Los